



Aslan, el rebelde

Enseres Personales, n° 48 · enero 12

Michel Suñén

ASLAN ASKAIEV era un artesano de manos recias y curtidas, alma adusta y cortesía bizarras. Musulmán poco implicado, más por tradición que por convencimiento, disfrutaba de las danzas chechenas y de los excesos por igual, mientras transitaba una dura existencia de sometimiento y rebeldía, similar a la del resto de sus compatriotas. Con la desintegración de la URSS en 1991, abrazó el anhelo de la independencia y se manifestó ilusionado por las calles nebulosas de Grozni, coreando proclamas insurgentes y dando rienda suelta al rencor acumulado hacia los soviéticos durante toda su historia. Con la llegada de los soldados de Yeltsin, llegó a portar un kalashnikov y a dispararlo al aire, hasta que un mortero enemigo alcanzó su casa e hizo volar por los aires a toda su familia, cuyos restos quedaron convertidos en cenizas y esparcidos entre los revestimientos y los escombros de donde habían vivido. A partir de ese momento, su lucha se volvió menos idílica, mucho más personal, comprometida, salvaje. Dejó de enarbolar una causa utópica y guerreó con las vísceras, en primera y única persona, alargando la sombra de su leyenda con crímenes horribles ya no injustificados sino, con frecuencia, ni siquiera necesarios. La crueldad más extrema caracterizó a la guerrilla que terminó dirigiendo, la cual causó camionadas de muertos rusos, torturas impensables e inhumanas salvajadas. Aslan acabó disfrutando de su atrocidad y degollando, crucificando o castrando a cuantos combatientes rivales caían en sus manos, casi siempre muchachos rusos atemorizados con los que ajustaba cuentas indiscriminadamente, entre bocanadas de humo denso, cánticos histriónicos y desesperados tragos de vodka. A veces decidía abrirlos en canal con un cuchillo para estrangularlos después con sus propios intestinos. También secuestró niños y violó a sus madres, así son las cosas en la guerra, se justificaba sin piedad en los corrillos rebeldes e incitaba a los novatos a imitarle para librarse cuanto antes de la humanidad que, en el campo de batalla, los hacía débiles.

Disfrutó con la victoria de los suyos y pasó una temporada de vacío hasta que Putin envió otra vez las tropas para reconquistar lo perdido. Entonces volvió a luchar, pero ya no era lo mismo. La espera había apaciguado sus ansias vengativas, la maldad exasperada había dado paso a los recuerdos, las ausencias, el dolor, la soledad. Había vagado sin destino y sin hogar entre las ruinas chechenas, malviviendo colgado del licor en busca de esa compañía familiar que no regresaría. Así, de nuevo en las milicias, fue dejándose llevar hacia una espiral de corrupción y aislamiento, ya apenas hablaba, solo observaba con ojos heladores, transmitiendo el pánico que había anidado en él durante esa pausa bélica que lo enfrentó a la verdad: era un hombre solo. Y ni su país ni su utopía compensarían jamás todo lo perdido.



*Relato original e inédito para El Atrapamundos. · www.zaragoza-ciudad.com/michelsunen.
Fotografía del autor: Daniel Salvador*